

Alrededor de reflexiones personales, de incidencias que les ocurrieron en común, el ilustre argentino Manuel Ugarte cuenta a veces, en un rasgo, la impresión que le quedó de esos artistas que tuvieron tan alto sitio en el mundo de las letras. Son admirables por la penetrante finura psicológica y el certero atisbo para coger el detalle preciso, los recuerdos sobre Ingenieros, Florencio Sánchez, Alfonsina Storni y Vargas Vila. Y a través de estas páginas se ve en Ugarte, el desencanto del escritor que ha entregado toda una vida al culto del arte y de la belleza y que es ahogado por la indiferencia de la masa y del oficialismo burocrático.

A este respecto la nota editorial de Orbe dice con gran acierto acerca de la personalidad de Ugarte estas justas palabras: «Hay otro aspecto digno de señalarse en este volumen de memorias personales: la lealtad de su autor hacia los principios estéticos, morales y políticos de toda su brillante carrera. Manuel Ugarte, fervoroso hispanista, ha sostenido siempre que la fe propia del convencido, la necesidad de que estos pueblos hijos de una madre común y herederos de una misma civilización no rompan jamás los lazos espirituales que los unen a España. En este sentido Manuel Ugarte puede ser considerado como un apóstol abnegado del Iberoamericanismo y así ha querido expresarlo, una vez más, en el hermoso libro de memorias que el lector tiene en sus manos».

MEMORIAS DE UN EMIGRANTE.

Benedicto Chuaqui ha obtenido un verdadero éxito de crítica con este libro de recuerdos autobiográficos. Y a este éxito de crítica le ha acompañado el de venta, pues su libro es solicitado diariamente en las librerías, hecho que demuestra con elocuencia que su lectura no ha decepcionado al público.

Y es que en realidad en estas memorias de Benedicto Chuaqui hay un soplo de sinceridad desde el comienzo hasta el

final. Con admirable sentido de las proporciones no ha rebasado la medida en ningún momento. Cuenta con esa sencillez clara y profunda de los hombres que pusieron en ello su más puro sentimiento, lo que vió y entendió de la vida. No sacó consideraciones ni filosofías. Se limita a contar hechos, emociones, luchas, pequeños triunfos alternados con amargas decepciones. A ratos nos habla como los niños que se quedaron asombrados mirando el camino por donde pasó un curioso desfile que les llamó poderosamente la atención. Y con esa simplicidad nos cuenta episodios que saturan a su libro de un curioso aire de travesura, de nostalgia, de amor hacia las cosas que el recuerdo no consiguió desteñir y que se quedaron vivas, aunque escondidas como una fuente secreta que surge inopinadamente y trasciende su perfume y humedad, cuando la evocación trae el recuerdo a la superficie de lo sensible.

Benedicto Chuaqui tiene en realidad un corazón de verdadero escritor. Es el hombre que por curiosa contradicción logró sofrenar su ímpetu, doblegando esa poderosa fuerza espiritual que había en él, para batallar por la vida y no sufrir en carne viva todas las penurias económicas que implica el drama de escribir sabiendo que la realidad nos llama con urgencia hacia otras necesidades imprescindibles. Es el chiquillo que sueña frente a la imagen del Santo de su pueblo, dejando volar su fantasía hacia los portentosos hechos en que el milagro es como un camino alucinante. Y luego se guarda la monedilla que le da el padre para almorzar y la compra en libros de romances que cuentan hazañas heroicas en las que los hombres arriesgan la vida por la belleza o la bondad de una mujer.

Es interesante el caso de este escritor que viene a América, trayendo muy adentro sus sueños y sus anhelos espirituales, porque le es necesario ganar dinero para volver a la tierra tan amada que se queda allá al otro lado de los mares como un paraíso perdido. Y es la realidad la que afronta en una lucha tenaz, porfiada, agotadora. Hay que batallar con el idioma, con

la incultura de la gente del barrio donde le toca vivir, con la burla de aquellos que se ríen del «turquito» que se esfuerza inútilmente por explicar cuál es su verdadera nacionalidad. Es una alta montaña la que hay que ascender. Y los pesos cuesta reunirlos en esas cajitas que cuida amorosamente, para no faltar a ninguno de los compromisos de fines de mes.

Pero va mirando, observando ese río del tiempo y de la vida que pasa frente a sus ojos. Un día el bicho que tiene adentro le hace una trastada. Abandona la tienda y se compra una imprenta. Escribe gozosamente. Por fin consigue lo que es dentro de él, su más fuerte y avasalladora pasión. Y entonces se arruina honorablemente. Queda en la calle junto a sus sueños marchitos. Comprende al fin que en esta tierra, donde es fácil ganar dinero para el hombre de esfuerzo y de tenacidad se puede volver a comenzar y se enfrenta de nuevo con la vida hasta triunfar.

Y ahora que ya tiene tranquilidad, Chuaqui ha ido soltando, poco a poco, el ovillo de sus recuerdos. Y ha puesto en esta tarea su corazón y su sinceridad.